«Si dirigimos nuestras súplicas a los Santos, nos harán ellos esperar un poco, no hay duda; les es forzoso elevar sus peticiones a una jerarquía más alta aún, para que de ella pase al mismo Dios. Si acudimos, empero, directamente a María, la Madre de Dios, si a Ella de una manera directa elevamos nuestras súplicas, el favor nos llegará sin tardanza. Probadlo, y presto os convenceréis de que es una gran verdad lo que os digo...»

A Jesús por medio de María. María es la Reina de la paz. Pidámosle, por medio del santo rosario, la verdadera paz para la Humanidad enloquecida. Prediquemos todos, con nuestro buen ejemplo, las salvadoras enseñanzas de Cristo.

44. Declaraciones muy elocuentes hechas por Juan XXIII

El 22 de Agosto de 1959, al dirigirse a un nutrido grupo de peregrinos en Castelgandolfo, dijo:

«No comprendí la importancia de la devoción al Corazón Inmaculado de María hasta que fui al Santuario de Fátima, donde celebré de pontifical y pronuncié una homilía ante unos *setecientos mil* peregrinos, gentío importante como nunca he vuelto a contemplar en el

curso de mi vida. Hay en el Corazón Inmaculado de la Virgen algo misterioso y conmovedor. Este Corazón es una visión de paz, una invitación y una guía no sólo a los bienintencionados, sino también a los descaminados...»

Juan XXIII falleció santamente el 3 de Junio de 1963. Sus últimas palabras, según declaraciones del confesor que lo asistía, fueron para la Virgen: «¡Madre mía...!».

45. Sor Lucía de Fátima nos habla del rezo del Rosario

En una carta que dirigió Sor Lucía al Padre Salesiano Umberto Pascuale, en fecha del 26 de Noviembre de 1970, le decía:

«Si duda, el abandono en el mundo es fruto de la falta del espíritu de oración. Era en vista de esta realidad que la Virgen recomendó con tanta insistencia el rezo del Rosario. Por eso debemos trabajar sin cesar para restaurar e incrementar el espíritu de oración en las almas. Efectivamente, la oración es el medio que más nos acerca a Dios, y en este encuentro con El nos comunica su gracia, dándonos luz y fuerza para superar las tentaciones y dificultades.

Desgraciadamente, hay muy pocas personas que asisten diariamente a Misa, recibiendo el alimento de la Eucaristía. Por eso el Rosario

se hace indispensable para las almas. Si no rezan el Rosario, ¿qué oración van a decir? Y sin oración, ¿quién se salvará? Puedo ir más lejos y decir que hasta para aquellos que van todos los días a Misa el rezo diario del Rosario es necesario para mantener la fe, la esperanza y la caridad. El Rosario es fundamental para la Sagrada Liturgia, porque recuerda diariamente a las almas los misterios principales de nuestra redención.

Esto forma parte del mensaje de Fátima y no podemos descuidar ningún medio para cumplirlo. Ahora *más que nunca el mundo lo necesita.* Se ha desencadenado contra el mensaje una campaña del demonio. Pero no podemos consentir que triunfen los enemigos de Dios y de las almas.

El Rosario, después de la Liturgia, es la oración más recomendada por la Virgen y los Papas, señal que es un medio poderoso tanto de salvación eterna como también de protección para la vida terrena. Por esto *debemos ser luchadores y combatir hasta la victoria con esta arma*, cumpliendo cada uno la misión que Dios le ha asignado...»

(Tomado de «Sol de Fátima»)

46. Quiere que todos se salven

La Virgen Santísima está empeñada en que todos sus hijos se salven. Pero muchos de ellos se empeñan en ser infelices *eternamente* en el Infierno. He aquí un extracto del MENSAJE DE FÁTIMA:

«He venido para exhortar a los pecadores a que cambien de vida y no ofendan más a Nuestro Señor, ya demasiado ofendido.

Rezad, rezad mucho por los pecadores; porque muchas almas van al infierno por *no haber quien rece por ellas.*

Es necesario que los hombres se enmienden, que pidan perdón. Dios quiere que se establezca en todo el mundo la devoción a mi Corazón y la práctica de los primeros sábados de mes. Si se hace lo que pido, habrá paz...»

47. Reina de las Bellas Artes

La Santísima Virgen, Reina de las batallas, es también la Reina de las bellas artes. ¿A quién sino a su inspiración son debidas las Concepciones de Murillo, la *Madonna* de Rafael y sobre todo las divinas figuras que de la Madre de Dios y de los ángeles nos dejó aquel celestial pintor que los artistas llaman el *Angé-*

lico y los cristianos el Bienaventurado Juan de Fiésole?

Gluck, el inmortal músico que asombró al mundo con sus obras líricas, rezaba con suma devoción el Santo Rosario. Siendo niño, le regaló uno cierto religioso llamado Fr. Anselmo, con promesa de que, si lo rezaba diariamente, le abriría el camino de la fama. Desde entonces fue el Rosario su recurso y su esperanza. Lo llamaba el *breviario del músico*. En sus diferentes misterios se inspiraba para componer las variadas piezas musicales que eran asombro y encanto de todos. Con una placidez celestial, que indicaba la presencia de la Virgen en sus postreros momentos, expiró el gran artista sin soltar de la mano el Rosario.

Mozart, llamado el Rafael de la Música, lo rezaba también con notable piedad. Antes de empezar sus inspiradas obras, pedía a la Virgen ayuda y, después de terminadas, le daba rendidas gracias.

Gounod, terciario dominico, tan célebre en el mismo arte, tampoco omitía esta santa devoción y al autor de ella le compuso un magistral himno.

Lacordaire, el gran artista de la palabra, tan virtuoso y penitente como soberano orador, cuya gloria no podrán jamás oscurecer los envidiosos de su elocuencia triunfal, y de quien se ha podido decir que no concede Dios dos

hombres iguales en un mismo siglo, como no hace brillar dos soles en un mismo día; cuando acababa de estremecer al auditorio con su palabra dulcísima y arrebatadora, rezaba humildemente su Rosario, pidiendo al Señor que alejase de él la vanidad y que las almas se aprovechasen de su oratoria.

Daniel O'Connell, el gran agitador de Irlanda, entre uno y otro de sus discursos, que hacían temblar a Inglaterra, se le veía pasear rezando el Rosario. Más que en el poder de su peregrina elocuencia, confiaba en la virtud de un Avemaría para ver libre a su patria.

Recamier, de reputación universal, médico de los grandes, príncipes y reyes, rezaba su Rosario como un niño de primera comunión y, cuando para curar a un enfermo se le acababan los recursos de la ciencia, apelaba a la Virgen rezando por lo menos una decena.

¡Cuán puras serían las artes y cuán sabios los hombres de estudio si se inspiraran en la que es Madre del Amor Hermoso y trono de la Sabiduría!

(Fr. Paulino Alvarez, «Glorias del Rosario»)

48. El rosario perdido

Hace algunos años un alumno de la Escuela Politécnica de París encontró un rosario en un aula. Indignado porque en aquella ilustre escuela se encontrasen, según él, todavía objetos de superstición, se lo comunicó a sus condiscípulos. Reunidos en el patio, después de los ejercicios o prácticas militares, pusieron el rosario en un árbol y el alumno que lo encontró gritó: «Si alguno de los nuestros ha perdido este rosario, que venga a cogerlo, si tiene ánimo y coraje». Un gran silencio capaz de acobardar al más valiente. Pero el joven cristiano no vacila, un tal C. T., conocido como el primero que en aquel año debía salir del ejército, se adelantó sereno y tranquilo, toma su rosario y, volviéndose al que le había desafiado, dice: «Te doy las gracias, amigo. Conservo este rosario que me dio mi madre, el cual me ha conservado cristiano. No creo que por esto haya deshonrado la Escuela Politécnica». ¡Bien!, gritaron de todas partes. ¡He aquí uno que tiene valor! Un ilustre mariscal, testimonio de la escena, extiende su mano al soldado y le dice con profunda conmoción: «¡Valiente, amigo!: cuando se tiene valor para confesar y manifestar públicamente las propias convicciones y la propia fe, se tendrá también para defender el propio país y morir por la patria».

49. Juan Duns Escoto

El célebre teólogo franciscano Juan Duns Escoto, conocido hoy con el sobrenombre de Doctor Sutil, siendo niño, deseaba ardientemente instruirse, pero su rudo entendimiento hacía que en la clase ocupase siempre el último lugar. El, sin embargo, se aplicaba y estudiaba cuanto podía. Sobre todo, era muy devoto de la Santísima Virgen y no se cansaba de pedirle que le comunicase una migaja siquiera de inteligencia. La constancia y el fervor con que repitió esta oración fueron causa de que la Madre de la Sabiduría se le apareciese una noche en sueños y le prometiese el don de ciencia, con tal de que, cuando se presentase la ocasión, lo emplease en su servicio. No bien despertó del sueño, se sintió con aptitudes tan extraordinarias para el estudio, que sus condiscípulos y maestros quedaron asombrados. Y fueron tales sus progresos en las ciencias, que muy pronto acabó por ser uno de los hombres más sabios de su siglo.

En esto llegó el año de 1304, y, por orden de la Santa Sede, se reunieron en París, y en presencia de sus legados, los más célebres doctores de Francia para zanjar la célebre controversia sobre la Inmaculada Concepción. Dirigióse Escoto al lugar de la asamblea y, al pasar por el patio de la Universidad, se postró ante

la imagen de María, haciéndole esta breve, pero ardiente súplica: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata, da mihi virtutem contra hostes tuos*, que quiere decir: Que esto que voy a hacer, oh Virgen santa, redunde en tu alabanza; dame fuerza para resistir a tus enemigos. La estatua de la Virgen inclinó su cabeza, para significarle que le otorgaba la gracia pedida; y en esa actitud permaneció durante los siglos que sucedieron. Animado Escoto con tan extraordinarias señales, respondió satisfactoriamente a doscientos argumentos que habían inventado los doctores contrarios a la Inmaculada; y habló con tanta energía y solidez, que hizo triunfar en aquella magnífica asamblea la Concepción sin mancha de María.

Desde entonces la Universidad de París hizo voto de defender la Inmaculada Concepción de la Virgen y de celebrar todos los años su fiesta. Determinó además, no conferir a nadie grados académicos sin antes prestar juramento de observarlo inviolablemente. ¡Qué gracias tan grandes se alcanzan con la fervorosa y perseverante devoción a María!

(Reina y Madre)

50. Sepultados vivos

En una población de Sajonia, Ponikau, hallábanse dos hermanos haciendo excavaciones en un pozo. Cierto día, a causa de las muchas lluvias, hubo un desprendimiento de tierra y quedaron sepultados. Otro hermano suyo, que trabajaba allí cerca, acudió presuroso y empezó los trabajos de salvamento, con el ardor y ansia que es de suponer.

Al cabo de muy duras e infructuosas fatigas, creyendo, por el tiempo transcurrido y por no oír ningún rumor de vida, que sus pobres hermanos habían fallecido, se decidió a rellenar el pozo y a colocar una lápida en su memoria.

Al conocer la madre la resolución tomada, acudió al punto y con llantos y requerimientos, logró que se prosiguieran las excavaciones.

Todos consideraban inútiles los trabajos, por haber pasado ya ocho días; pero quisieron condescender con los anhelos de su madre, que deseaba ver siquiera los cadáveres de sus dos hijos. Al fin dieron con los infelices que se hallaban en un gran extremo de agotamiento; pero aún con vida. Decían haber oído distintamente las voces y ruidos de los trabajos de salvamento; pero que como tenían el cuerpo tan exangüe y la voluntad tan rendida al desmayo, no acertaban a contestar.

Al ser interrogados cómo habían podido resistir aquellos ochos días, refirieron que bebían el agua que rezumaban las paredes de su lóbrego encierro y mordisqueaban las correas y zapatos que llevaban. El amor de su madre los salvó.

Lo mismo acontece con muchos pecadores, hundidos en el fango de los vicios. Todas las fatigas de los hombres para conducirlos al buen camino, son vanas. Del fondo de la profunda sima en que cayeron no viene ya ningún rumor de vida; parecen muertos a la gracia para siempre.

Pero hay una Madre, que vela por ellos, y es la Virgen María. Si Ella intercede en su favor e implora de Jesucristo la salvación de aquellos hijos descarriados, se operará el milagro de los milagros: recobrarán la vida espiritual de la gracia, que les hará acreedores a la vida eterna de la gloria.

(«Venga a nosotros tu Reino»)

51. Torear por la Virgen

Francisco de Cossío, en su obra enciclopédica *Los Toros*, recoge una sabrosa anécdota de Rafael el *Guerra*, que él mismo presenció en Zaragoza.

Aquel año no andaba muy fuerte de fondos la empresa que contrataba las corridas del Pilar.

No obstante, el *Guerra* y *Frascuelo* firmaron gratis la corrida, porque se trataba, en frase del *Guerra*, de la fiesta del Pilar.

Celebrada ésta, a los diestros, que no recibieron un céntimo, les obsequió la empresa con dos imágenes en plata de la VIRGEN DEL PILAR.

Al recibirlas –lo escuchó Cossío– le dijo el *Guerra* a *Frascuelo*:

–SARVAÓ, ¡NUNCA NOS HAN PAGAO TANTO!

Lacónico brindis mariano del sentencioso torero cordobés.

* * *

El torero Gallito lidia en la plaza de San Sebastián. El toro le alcanza y le da una cornada, que todos creen mortal. Fue sólo un fuerte golpe, no hay ni la más leve herida. El pitón del toro tropezó con una medalla de oro, guarnecida de diamantes, con la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza; recibe la Virgen la cornada, se abolla la medalla y el torero queda ileso. José Moreno, Lagartijillo, tuvo favores visibles de su Virgen de las Angustias, que contó a ruegos de otras personas al jesuita

P. Francisco Hitos. El primero fue en Madrid. Llevaba una temporada de poca fortuna en la suerte de matar el toro. El 17 de junio de 1904, creyendo era ocasión decisiva en su carrera, se aventuró a tirarse sobre el toro de tal forma, que no necesitó puntilla y recibió una estruendosa ovación, pero a costa de un varetazo, que le rasgó la misma camiseta y le sacó el escapulario de la Virgen de las Angustias, que vino a caer debajo de su mano, al caer en tierra, llevándole él al punto a sus labios, besándolo con fervor. Desde aquel día, en toda corrida, metido en una bolsita, no faltaba jamás a Lagartijillo aquel bendito y salvador escapulario. Me mostró asimismo dos medallas de la Virgen, ambas de oro, una que él tenía, otra que le dio su esposa, y en ambos se veían arañazos de los cuernos del toro. En la plaza de Granada, también le arrancó el toro del cuello las medallas, y para los que estaban cerca e indubitablemente para él, debió a la Virgen no ser herido. Recibió finalmente una herida en el cuello, y a María atribuyó el no ser degollado. Ofreciéronle, sano ya, un convite muchos amigos, y al volver de la comida en los tranvías hizo parasen en la puerta de la Patrona, para que todos vitoreasen con él a la que fue tantas veces su salvación.

(Páginas históricas)

52. San Francisco de Sales

Almas hay que, como San Francisco de Sales, padecen terribles congojas por creer que no están predestinadas. Para animarlas a buscar auxilio en la Santísima Virgen, referiremos el siguiente pasaje extractado de la vida del Santo Doctor.

Cuando San Francisco de Sales contaba diecisiete años y era todavía estudiante en París, quiso Dios aquilatar su virtud haciéndole pasar por una terrible prueba. El piadoso joven había llevado hasta entonces una vida tranquila, su alma había disfrutado de esa paz del Señor que sobrepuja a todo sentido. La serenidad de su frente reflejaba la calma de su corazón, parecía que el cielo habitaba allí. De repente, una noche horrible oprime su alma, espesas tinieblas le rodean por todas partes. La fe, que siempre había brillado para él con purísima luz, parece amortiguarse, el amor se oculta, y la esperanza desaparece. Dios, que se había retirado al fondo de su alma, permitía que fuese atormentado por la tentación. Francisco se examina temblando y no se conoce a sí mismo. La oración, que tantos encantos tenía para él y la palabra de Dios que escuchaba con tanto gozo, le dejan en triste indiferencia o en disgusto más triste todavía. El demonio le sugirió la idea de que era inútil cuanto hacía para ade-

lantar en el camino de la santificación, porque estaba irremisiblemente condenado. Esta idea le conducía a los bordes del abismo de la desesperación, haciéndole pasar los días y las noches entre lágrimas y gemidos. ¡Oh!, ¿quién podrá decir las horribles angustias que causaría en el santo joven esa idea que tenía a todas horas clavada en su mente? Con tan cruel martirio se pone pálido, triste, agitado, su salud se resiente y llega hasta las puertas del sepulcro. Pero la misma mano que le tocó para abatirle, le tocó también para levantarle y curarle.

Un día en que Francisco volvía del colegio, más que andando, arrastrándose, penetró en la iglesia de San Esteban, y vio colgada en la pared una tablilla, en la cual se hallaba escrita la bella oración de San Bernardo: *Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!...* Postrándose entonces ante el altar de la Madre de Dios, reza esta plegaria con todo el amor de su corazón, y, al fin de interesar más las maternales entrañas de la que es llamada *Consoladora de los afligidos*, renueva el voto de perpetua virginidad y hace la promesa de rezar todos los días de su vida la tercera parte del Santo Rosario. Y después añade: –«¡Oh Reina mía! sed mi abogada con vuestro Santísimo Hijo, a quien no me atrevo a recurrir. Madre mía, si es tanta mi desdicha que he de condenarme y estar eternamente en desgracia de Dios, a lo menos

alcanzadme el consuelo de amarle con todas mis fuerzas durante mi vida mortal.»

Acabada esta oración, el joven se encontró enteramente cambiado: la paz que acababa de comprar tan cara, la paz del cielo, descendió a su corazón, para no abandonarle jamás.

(Reina y Madre»

53. La escala de plata y la escala de oro

Una graciosa leyenda, tomada de las *Florecillas* de San Francisco de Asís, justifica la esperanza de los devotos de María para el día del juicio. La Reina del cielo ha hecho esta promesa: –«Yo me pondré al frente de mis siervos en la hora de su muerte, a fin de que pasen los umbrales de este mundo sin ser heridos por los enemigos que los rodeen.» San Bernardo llama a María «la escala de los pecadores». La siguiente leyenda concuerda con esta doctrina.

Fray León, uno de los primeros compañeros de San Francisco de Asís, vio en sueños las terribles escenas del juicio universal. Vio el siervo de Dios que, en una vasta llanura, los ángeles, al son de las trompetas, reunían inmensa muchedumbre de gente. Había en aquella llanura dos escalas, una de oro y otra de plata, que llegaban desde la tierra al cielo. En

lo alto de la escala de oro estaba Nuestro Señor Jesucristo, con rostro severo y como de Juez, y algunas gradas más abajo San Francisco, que exhortando a sus hijos reunidos en un gran número, les decía: –«Venid, hermanos, venid y no temáis, acercaos con confianza a este dulce Salvador, que El es quien os invita.» Animados los religiosos con las palabras de su Padre, comenzaron a subir; pero unos, apenas se hallaban en los primeros escalones y otros ya a la mitad de la escala, caían miserablemente. Ni un solo fraile quedó en la escala. En vista de esto, San Francisco, volviéndose a Nuestro Señor, le suplicó con fervorosas oraciones que no los arrojase lejos de sí; pero Jesús, mostrando sus llagas que manaban sangre, le dijo: –«Mira cómo me han puesto tus hermanos.» Entonces el santo patriarca, bajando algunas gradas, dijo a sus hijos: –«No os desaniméis, tened confianza; id a la escala blanca y subid seguros por ella.» Sobre la cima de aquella escala apareció entonces la gloriosa Virgen, coronada de grande esplendor, llena de clemencia y misericordia, y, subiendo los religiosos, entraron todos con su ayuda en el paraíso.

(Mes de María del «Peregrino».)

54. Oración muy eficaz a María

Conocida es la breve oración *¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!, acordaos que soy todo vuestro; guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra*, a la cual un gran número de niños, jóvenes y cristianos de todas las edades, deben haber conservado la inocencia o alcanzado la fortaleza para romper el yugo del vicio. El venerable Padre Zucchi, su primer propagador, recomendaba a sus penitentes la perseverancia en esta práctica, y siempre seguía la curación a la aplicación reiterada del remedio. Entre otros ejemplos, él mismo refería el siguiente:

Un joven que pertenecía a una familia distinguida, llegó a Roma después de largos viajes. Habiendo escuchado un sermón del Padre Zucchi, se le presentó, le expuso el triste estado de su alma y le declaró que, a pesar de los deseos que sentía de cambiar de vida, no tenía fuerzas para romper sus cadenas. –Esto ha de ser obra de la gracia, le contestó el Padre. Para que salves el alma te doy por Reina y Madre a la Santísima Virgen María. Si aceptas y te muestras su hijo y súbdito, confío que te dará los auxilios necesarios para librarte del demonio. En prenda de que aceptas, sólo te exijo que, al levantarte, reces un *Avemaría* en honor de su virginidad sin mancha y después añadas:

«¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!, me ofrezco del todo a Vos, y en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón y todo mi ser.. Ya que soy todo vuestro, ¡oh Madre de bondad!, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.» Por la noche repetirás la misma oración y besarás el suelo. Si en el día o en la noche el demonio te incita a cometer alguna acción fea, dirás al punto: *«¡Oh Señora mía!» ¡Oh Madre mía!, acordaos que soy todo vuestro: guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.»*

Cuatro años después regresó el joven y fue a confesarse de nuevo con el Padre Zucchi, que creyó oír la confesión de un santo. Admirado de tan maravilloso cambio, le preguntó cómo se había realizado tal prodigio. –«Padre mío, respondió el joven, debo mi conversión a la oración que usted me enseñó. Jamás he dejado de rezarla mañana y noche. Cuando me asaltaba la tentación acudía a ella, según su consejo, y gracias a ella no he sucumbido una sola vez.»

(Reina y Madre)

55. El pago de la Virgen

No es muy vieja la historia; del tiempo de Napoleón III.

Francia, en prenda de gratitud y con los cañones de Sebastopol, va a levantar grandiosa estatua a la Madre de Dios y secular Emperatriz de los francos.

Un jesuita está encargado de recoger los donativos del pueblo.

Un día, y con ese objeto, preséntase a un judío millonario:

–¡Cómo! –exclama éste, más que sorprendido indignado por la petición–. ¿Ignoráis por ventura que soy judío?

–Precisamente por eso os lo pido –responde, imperturbable, el jesuita–. Antes que la maravilla del mundo y del cielo, María es la gloria de Israel.

La reflexión convence al judío, que sin replicar una sola palabra, corre a su escritorio y, sin contar, da al peticionario algunos billetes de mil francos.

Dos años después, postrado ante la gigantesca escultura ya levantada, desde la que María parece velar por Francia, un hombre, hace ya largo tiempo, ora entre la inquieta muchedumbre, como se debe orar en medio de los ángeles, allá en el Cielo.

Es el judío. La Virgen le ha pagado sus bi-

lletes de Banco con esa fe ardorosa que no pueden dar los banqueros de la tierra.

56. Origen del Rosario

Santo Domingo († 1221) recibió del Papa Inocencio II la misión de predicar a los albigenses, herejes del sur de Francia. Trató de convertirlos... Repartió su patrimonio a los pobres y vivió sólo de limosna. Pensaba así convencerlos; pero se estrellaron todos sus esfuerzos.

Por más de diez años les estuvo predicando, tratando de rebatir uno por uno sus errores. El resultado fue negativo.

Finalmente, puso toda su confianza en María: a Ella acudió en incesante oración... Se le apareció en una visión.

«Hijo mío –le dijo–, tienes una excesiva fe en la eficacia del razonamiento, para llevar a buen camino a los herejes. ¡Tú ves cuán vanos han sido tus desvelos! Expón, tan claro como puedas, las verdades fundamentales; y de vez en cuando interrumpe tus discursos para que los oyentes se entreguen contigo a la oración. Háblales de los medios que Dios aplicó para salvar al hombre. Refiéreles la Anunciación que del Cielo me trajo el Angel; la Encarnación del Hijo de Dios, su nacimiento, su vida,

sus padecimientos y su muerte; y termina con su Resurrección y su Ascensión al Cielo. Muéstrales estos misterios con la mayor claridad posible; y reza luego el Padrenuestro y diez Avemarías, para ablandar los corazones endurecidos. Abundantes frutos cosecharás con ello, puesto que infinito es el poder de la oración...

De esta manera nació el santo Rosario. Domingo de Guzmán no tardó en alcanzar con él la conversión de más de *cien mil* herejes. Y la devoción del Rosario cundió rápidamente por toda Europa. Hacia el año 1500 podía decirse ya que eran pocos los hogares cristianos que no lo practicasen.

57. Siempre fue hermosa

Se refiere de Miguel Angel que mostró a otro artista una preciosísima imagen de la Virgen que acababa de ejecutar. Este le dijo que parecía muy joven. Y contestó Miguel Angel: «Siempre fue joven y siempre fue hermosa, porque siempre fue virgen.» ¡Cuánta razón tenía! A María se le pueden dar todos los títulos honoríficos porque todos los posee en grado heroico. Pero la llamamos la *Virgen* porque lo que más sobresale en ella es su pureza inmaculada, virginal.

58. Huérfana de madre

Santa Gemma Galgani, cuando murió su madre, se postró ante una imagen de María, pidiéndole que desde entonces fuese Ella su Madre del cielo. La llamaba «mi querida Madre», «la madre del cielo», «la Madre de los huérfanos»... «Hallándome en las mayores angustias, escribía a su Director Espiritual, huérfana de madre en la tierra, me tendió cariñosamente los brazos. ¡Cuánto la quiero! Es que Jesús mismo me la dio, encargándome que la amara mucho». Tengamos estos mismos sentimientos.

59. Cambio de conducta por oír el Rosario

Antes de estallar la revolución por la independencia, en Venezuela, vivía una señora viuda, con sus hijos de corta edad, en una hacienda de las inmediaciones de Puerto Cabello. Cierta noche se presentaron en su casa dos soldados españoles, diciendo que, al ir en marcha para la ciudad, se habían extraviado, y suplicaban se les dejase descansar allí para marchar antes de amanecer a incorporarse con su batallón. La dueña los acogió benévola, dando orden a sus criados de que les preparasen un

aposento con dos camas y se les diese bien de cenar.

Dicha señora tenía la costumbre de reunir a su familia para rezar el santo Rosario antes de recogerse; concluido este acto religioso, vio a los dos soldados inmóviles detrás de sus sirvientas, y aun le pareció ver rodar una lágrima por sus mejillas. Dándoles las buenas noches, les dijo:

–Idos a acostar, hijos míos, que estaréis cansados.

Encargó al cocinero les tuviese el desayuno preparado antes de la aurora, teniendo cuidado de madrugar también ella para ver cumplidas sus órdenes y despedir a sus huéspedes. Estos, al verla, se conmovieron, y tomando el más resuelto la palabra, exclamó:

–¡Señora, somos unos miserables que no merecemos la hospitalidad que usted nos ha dispensado! Al llegarnos a esta casa, fue solo con la idea de robarle y saquearle, huyendo como desertores; hubiéramos sido unos grandes criminales; pero en vista de las bondades de usted y, sobre todo, el rezo del santo Rosario que, sin darnos cuenta de ello, rezamos nosotros también acordándonos de haberlo hecho en otros tiempos con nuestras madres, nos hemos vuelto atrás y arrepentido de nuestros propósitos.

–Damos a usted nuestra palabra de honor,

añadió el otro, de que desde hoy seremos otros hombres; por fortuna no se notará nuestra ausencia si logramos entrar en nuestro cuartel antes del toque de diana. Si así lo conseguimos, procuraremos con nuestra conducta olvidar nuestras malas intenciones.

–No basta eso, dijo la señora; si estáis verdaderamente arrepentidos, en vuestro batallón tenéis un capellán: confesando vuestras culpas ante Dios, recibiréis su absolución y también la Sagrada Eucaristía, que os dejará purificados para que vuestro propósito sea sincero; además, espero que no olvidaréis el rezo del santo Rosario, y al efecto os traigo dos que están bendecidos; invocad con ellos a María Santísima, que oirá vuestros ruegos.

Los soldados besaron la mano que se los alargaba y partieron.

Poco después estalló la revolución en aquel hermoso país, sin que nada hubiera alterado la tranquilidad que reinaba en aquella casa, hasta que a los cuatro años se vio un día acometida por los insurrectos; pero, en aquellos críticos momentos, se presentó un piquete de tropas españolas con dos bizarros oficiales que la defendieron heroicamente, rechazando al enemigo.

¡Cuál no sería la admiración de la dueña al reconocer en aquéllos a sus antiguos huéspedes!

–Aquí estamos, señora, siempre reconocidos a las bondades de usted, y dispuestos a derramar nuestra sangre por salvar su vida e intereses. Si hoy ocupamos tan hermoso puesto, a los consejos de usted lo debemos y a estos rosarios, que nunca se han apartado de nosotros.

Y le mostraron, abriendo el uniforme, que los llevaban en el pecho.

–Caballeros, dijo la señora con dignidad, yo hoy tengo mucho que agradecer a ustedes, sin que antes hubiese hecho otra cosa que cumplir con mi deber dándoles hospitalidad. La mano de Dios fue quien guió a ustedes a mi casa como ovejas descarriadas; lo demás ha sido obra de la Santísima Virgen, por mediación del santo Rosario. A esa Madre misericordiosa y a esta devoción a Ella tan acepta, es a quien deben elevar sus votos de gracias, como los elevo yo por haberlos mandado hoy a salvar mis intereses, que antes codiciaron.

Después de una despedida afectuosa, la señora no los volvió a ver; pero supo que llegaron a ocupar puestos distinguidos en la milicia, y ella, a su vez, alcanzó las bendiciones del cielo viendo a sus hijos establecidos y felices.

60. Van muchas almas al infierno

En la cuarta aparición, el 13 de Agosto de

1917, dijo la Virgen a los videntes de Fátima: *«Continuad rezando el rosario todos los días».*

«Rezad, rezad mucho y haced sacrificios, porque van muchas almas al infierno por no haber quien rece ni se sacrifique por ellas».

¿No sería un criminal el que, pudiendo fácilmente salvar de la muerte a un hermano suyo, no hiciera nada para lograrlo?

Con nuestra oración y sacrificios podemos librar de la muerte eterna a tantas almas que van camino del infierno. No ama a Dios quien no ama al prójimo. Y no ama al prójimo quien se desentiende de su *felicidad eterna*. Dios nos ha creado para que, usando bien de la libertad, seamos eternamente felices en el Cielo.

61. Si la Madre dice sí, yo no puedo decir no

Ocurrió unos meses después de la batalla de Adua, en la que fueron derrotados los ejércitos italianos (1896). Llamó un día el emperador de Abisinia Menelik a un prisionero de guerra italiano y, delante de todos los presentes, leyó la siguiente carta:

Soy una pobre madre de uno de los prisioneros de guerra. ¡Gran emperador!, tened piedad y devolved a una desgraciada madre su hijo. En nombre de la Madre de Dios os lo suplico. En nuestra iglesia le he ofrecido una vela

ante su imagen, y me ha parecido que María me sonreía y me decía: «Ten confianza. Menelik te devolverá a tu hijo». Y así, en nombre de Ella, os pido nuevamente a mi hijo.

¡Silencio de expectación!... El Emperador se vuelve al prisionero y le dice: «Eres libre. Vuelve a tu casa. Aquí tienes dinero para el viaje; y dile a tu madre que no fue Menelik, sino María, la que te devolvió la libertad. Ella es también mi Madre; y si la Madre dice *sí*, yo no puedo decir *no*».

62. ¿Ha pasado de moda?

Del Diario íntimo de Unamuno, copiamos lo siguiente:

«¡El Rosario! Me hace recobrar lo que perdí por camino inverso a aquel porque lo perdí; pensando en el dogma, lo deshice; pensando en él, lo rehago. Sólo que donde hay que pensarlo y vivirlo es en la oración. La oración es la única fuente de la posible comprensión del misterio... ¡Rezar meditando los misterios!...»

No, no ha pasado de moda el santo Rosario. Ahora es más necesario que nunca. Si con el arma del santo Rosario, a principios del siglo XII, Domingo de Guzmán pudo acabar con la herejía de los albigenses y con la inmoralidad que invadía el sur de Francia, ¿por qué

en los momentos actuales, tan difíciles para la Iglesia por las múltiples herejías que apuntan y por la perversión de costumbres, no se recurre a María con el rezo del santo Rosario, difundiendo y propagando su valor y eficacia?

Seamos devotos de María. Dios quiere que todas sus gracias nos vengan por manos de María. Es el acueducto de la divina gracia.

63. Un médico incrédulo

En 1869, un acreditado médico de Turín se presentó en el Oratorio de San Francisco de Sales, pidiendo hablar con Don Bosco. Y tras el saludo seco, le dice:

–Me han dicho que curáis toda clase de enfermedades, ¿es eso cierto?

–En manera alguna; nada más erróneo.

–Me lo han asegurado.

–Cierto que muchas personas vienen aquí a implorar alguna gracia por intercesión de María Auxiliadora. Si después de un triduo o una novena obtienen la salud, ya comprenderá usted que no soy yo quien los cura.

–Perfectamente. Pues cúreme también a mí y creeré en semejantes milagros.

–¿Qué enfermedad padece?

El doctor contó a Don Bosco que, padeciendo ataques epilépticos tan frecuentes y vio-

lentos que le exponían a las burlas, no podía salir de casa sin un acompañante. Que no había hallado lenitivo a su terrible mal y que, por desesperado, a él acudía en busca de curación.

–Si es así, haced lo que los demás: Arrodillaos conmigo, disponiéndoos a purificar vuestra alma en la Santa Confesión y fortalecerla con la Santa Comunión.

–Mandadme otra cosa, porque eso es precisamente lo único que no puedo hacer.

–¿Por qué?

–Porque sería una hipocresía de mi parte; yo no creo en Dios, ni en la Virgen, ni en la oración, ni en los milagros...

El santo quedó consternado ante semejante actitud de incredulidad; mas, con la ayuda de Dios, encontró palabras tan elocuentes, que el doctor se arrodilló e hizo la señal de la cruz.

–Estoy maravillado de saber hacerla, porque hace más de cuarenta años que no me había persignado.

El caso es que rezó y se confesó, e inmediatamente se sintió sano.

Jamás se le repitió el menor síntoma de aquel mal, y con frecuencia ha ido a dar gracias a María Auxiliadora por cuya bendición recobró la salud del alma y del cuerpo.

64. Curación de un tullido

El día 4 de Junio de 1874, al abrir la iglesia de María Auxiliadora en Turín, se halló recostado en la puerta un enfermo, que tenía el cuerpo tullido y contrahecho, con reumatismo tenaz y afección en la espina dorsal, y sin poder moverse. Una persona caritativa le había traído en su carro y dejado a la puerta. La ciencia humana se había declarado impotente.

–¿Qué deseáis? –le dice Don Bosco, cuando lo tuvo en la sacristía.

–La bendición de María Auxiliadora para curar.

Don Bosco le dio la bendición... y añadió:

–Si ponéis vuestra confianza en María, abrid la mano... comenzad por el dedo pulgar..., poneos en pie sin la muleta... e id a arrodillaros delante del Santísimo Sacramento. El enfermo ejecutó cuanto Don Bosco le ordenaba, y al fin exclamó radiante de alegría:

–¡Dios mío! ¡Dios mío!, estoy curado. ¡María Auxiliadora, rogad por mí! Os prometo confesarme y comulgar el domingo próximo.

65. Qué hace la Virgen mientras rezamos la Salve

Refiere Maluenda, citando al Beato Hum-

berto, que como devota mujer de Lombardía, oyendo cantar la *Salve* a los religiosos Dominicos, después de Completas, con mucha devoción, fue arrebatada en espíritu, y vio cosas a la verdad admirables: vio que, cuando los religiosos llegaron a cantar aquellas palabras de la *Salve* que dicen: *Esperanza nuestra, Salve,* la benignísima Señora saludó a los religiosos con gran dulzura y amor; y cuando éstos dijeron: *Ea, pues, abogada nuestra*, la benignísima Señora se hincó de rodillas delante de su Hijo, abogando e intercediendo por ellos. Cuando éstos cantaban: *Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*, la Santísima Virgen los miraba con semblante alegre y apacible; y, últimamente, llegando a cantar las palabras que dicen: *Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre*, tomando la Santísima Virgen en sus manos al Niño Jesús, lo fue mostrando, llena de cariño, a cada uno de los religiosos, que, con inexplicable gozo de sus almas, lo adoraron. Concluida la *Salve*, desapareció la Soberana Reina, dejándolos con el consuelo que se puede pensar.

(Reina y Madre)

66. Escena doméstica

Oídme con atención. Aquel cuarto que allí veis, estuvo habitado por una mujer que quedó viuda. La pobre lo perdió todo; muerto el hombre que atendía a su sustento, desapareció para ella toda holgura y bienestar; todos los allegados le volvieron la espalda... ¡Está en la más completa miseria!... Quédale tan sólo una niña angelical, trabajadora y piadosa como su madre; vive junto a ella, y las dos, trabajando como pueden, se ayudan mutuamente. ¡Pobres infelices!... Pero no; no lo son... Mirad... Estamos en el rigor del invierno; la noche está muy cerrada; fuera cae la nieve a grandes copos... Todo calla... La madre, cuya cabellera empieza ya a blanquear, calienta sus manos ateridas en un pequeño brasero, mientras que a su lado, la hija cose que te cose a escape para acabar un abrigo antes de media noche, pues el siguiente día era domingo. Un pobre candil ilumina aquellos dos rostros y reverbera en la pared donde está suspendida la imagen de María; ambas guardan silencio... no se oye más que su respiración... cuando de repente, he aquí que la hija levanta la cabeza, y, mirando a su madre con triste sonrisa, le dice:

–¡Pobre mamá, usted no ha sido tan pobre como ahora! ¡Qué amargo le debe ser este pensamiento!

Y en quella voz, en aquella palabra, iba envuelta una ternura, una angustia...

–Cree, hija mía, que Dios sabe muy bien lo que se hace; al perder a tu padre, creí que el Señor nos había abandonado; pero, mira, allí nos ha quedado una Madre, María Santísima.

La joven bajó la cabeza y prosiguió cosiendo en silencio; pero la madre vio que le caía sobre la tela alguna cosa de sus ojos.

–No llores, hijita. En resumidas cuentas, si somos buenas cristianas, ¿qué nos faltará? ¡Son tantos los que carecen aún de techo! Nosotras, es verdad, hemos tenido que acostumbrarnos a pasar con muy poco, pero este poco nunca nos ha faltado. Nada me ha quedado tampoco de mis riquezas, pero todavía me quedas tú, y cierto que no te cambiaría por el mayor reino del mundo.

Al oír esto, la joven dejó caer la labor de sus manos, y arrojóse al cuello de su madre, abrazándola tiernísimamente...

¿Pensáis que son infelices? ¿Por ventura no saben a cielo las lágrimas que ahora derraman?

67. El Rosario de Juan XXIII

El Cardenal Bacci publicó un libro sobre las vidas de los últimos cuatro Papas. Entre

otras conversaciones íntimas, cita ésta con Juan XXIII.

–Me levanto siempre alrededor de las cuatro de la mañana –le dijo un día Su Santidad–, es mi hora.

–Pero, Padre Santo –objetó tímidamente el Cardenal–, es muy pronto. Vuestra Santidad necesita reposo...

–Sí, necesito reposo; pero también necesito trabajar y, además de eso... se reza muy bien a esa hora cuando todo está en silencio. Y yo tengo la costumbre de rezar tres rosarios por día... Si no los rezo por la mañana, no encuentro tiempo para ello.

–Yo, Padre Santo, sólo rezo uno –respondió sonriendo el Cardenal.

–Sí, claro; pero yo soy Papa, y un Papa necesita de más ayuda que un Cardenal.

68. Fulton Sheen y su amor a la Virgen

Quizá dirá alguno que «exageramos» en nuestro cariño y devoción hacia la Madre de Dios, o que ese amor puede resultar un obstáculo entre el Señor y nosotros.

Un obispo que gozó de gran popularidad en Estados Unidos, sobre todo por sus charlas religiosas en la radio, decía en una de esas intervenciones a propósito de la crítica que los

protestantes hacían de nuestro amor mariano: «Si la única acusación que nuestro Señor me hiciera el día del juicio fuese que había amado demasiado a su Madre, me sentiría entonces plenamente feliz».

69. Curiosas anécdotas de San Juan de Dios

Su verdadero nombre era Juan Ciudad. Francisco I, en guerra con Carlos V, puso sitio a Fuenterrabía. Don Fernando Alvarez de Toledo, Conde de Oropesa, se dirigió con sus soldados, entre ellos Juan, a la ciudad fronteriza.

Era el año 1521, el mismo en que una bala francesa hirió en Pamplona al hidalgo Iñigo de Loyola.

Juan, que entonces tiene 26 años, se hace querer de todos por su dulzura y humildad; pero el contacto con la liviana soldadesca le va apartando, poco a poco, de sus acostumbradas devociones.

Un día, en alas de la caridad siempre viva en él, parte montado en una mula, recién tomada al enemigo, en busca de agua para sus compañeros heridos y enfermos. Pero se le desmanda la cabalgadura y, en loco galope, lo aleja de los suyos y le lleva tierras de Francia adentro, hasta dejarlo descalabrado a una orilla del camino.

Al volver Juan de su desmayo, viéndose herido y lejos de los suyos, recurrió a la Virgen; y al punto se le aparece en forma de pastora que, tras darle de beber agua en el cuenco de sus purísimas manos, le dice: «Yo soy aquella que has llamado en tu socorro». Le reconviene por su tibieza y le encarga que no abandone la oración.

Arrepentido de su pasada falta de fervor, se postra de rodillas y reza... hasta que un ángel se le aparece y le ordena que se encamine en busca de los suyos.

Vuelto a su campamento, reanuda sus tareas de soldado, pero sin descuidar sus prácticas religiosas.

Habiéndole sido robado un rico botín que se había confiado a su custodia, está a punto de ser ahorcado. Se encomienda a la Virgen y Ella le salva, en el último momento, por la intervención de un jefe de alta graduación, que llega casualmente al lugar del suplicio de Juan, y condolido de él, le perdona la vida, conmutándole la pena por la expulsión del ejército.

Más tarde se alista entre los soldados que acuden a la defensa de Viena, sitiada por los turcos.

70. El Rosario de un rey

A José I Mataafa, rey de las islas Samoa, le rogaron que se dejara fotografiar para poder enviar su retrato a los cónsules extranjeros.

José accedió; pero, cuando llegó el fotógrafo, se encontraba el rey con el rosario en la mano, rezándolo. Y de esta manera posó. Le hicieron notar la extrañeza que produciría una foto así y que, por tanto, era preferible que se dejase fotografiar sin emblema religioso, como lo habían hecho sus antecesores.

–Esto es muy cierto –respondió Mataafa–; pero ellos no eran católicos y yo lo soy.

Esta bella anécdota nos recuerda que, a fines del siglo XVI, Pantoja de la Cruz hizo un retrato de Felipe II. Y el monarca español, teniendo entre los dedos el rosario, parece como que interrumpe el rezo para fijarse en quienes le están mirando, a través de la magnífica pintura que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid.

71. El mejor empleo del tiempo

Una tarde, al declinar del siglo pasado, el Cura Párroco de Domdam (Sena-Oise) entró en su iglesia y divisó a un anciano que rezaba de rodillas el Rosario ante un altar de la Santí-

sima Virgen. Terminado el Rosario, el anciano acercóse al Párroco, diciéndole:

–Tal vez se habrá extrañado, señor Cura, de ver a estas horas a un forastero en su iglesia. Soy Chevreul (nada menos que uno de los más grandes prestigios de la ciencia contemporánea). Se me ha escapado el tren, andando de excursión. Y mientras espero otro, he creído que *no podría emplear mejor el tiempo* que viniendo a rezar a los pies de la Virgen Santísima.

El cura le dijo que ojalá todos los sabios se asemejasen a él en la fe y en la piedad cristiana.

¡Qué hermoso espectáculo ver a este sabio arrodillado con el rosario en las manos, ante el altar de María, proclamando así la hermandad de la ciencia y la fe! Eugenio Chevreul (†1889) fue un eximio químico, autor de numerosas obras, gran investigador e incansable trabajador durante toda su vida centenaria.

72. La herida incurable

Un médico visitaba a un enfermo que tenía una úlcera en un pie. Curábale con gran diligencia y exquisito cuidado. La llaga iba cerrando, mas cuando parecía iba a quedar ya del todo curada, se recrudecía y volvía a abrir.

Vuelta a curarla, vuelta casi a curarse, y vuelta a abrirse.

–Pero ¿qué tiene esta úlcera endiablada que nunca se cierra?, decía admirado el médico.

–Mire, doctor, no se canse más; veo que siempre tendré esta llaga abierta y no se cerrará jamás. Porque le voy a hacer una confesión. Ibamos en la guerra tres amigos y encontramos en un camino una estatua de la Virgen María. Tomámosla como blanco de nuestros fusiles.

«–A ver quién tiene mejor puntería.

»Tiró un amigo y le dio en la frente; tiró el segundo y le dio en el pecho; tiré yo el tercero y le di en la pierna.

»A los pocos días el primero caía en un combate herido en la frente; el otro, herido en el pecho, y yo, herido en esta pierna. Desde entonces no se cierra esta herida y no se cerrará. Es la herida de la justicia de Dios».

(Reina y Madre)

73. Le restituyó la mano

San Juan Damasceno, gran defensor del culto de las imágenes, fue condenado por el Califa de Damasco a cortarle la mano derecha. Chorreando sangre fue a postrarse ante la imagen de la Virgen María, diciéndole: «Bien sa-

bes ¡oh Virgen Santa! el motivo por que me han cortado esta mano que tenía consagrada a tu servicio. Si la voluntad de Dios no ordena otra cosa, vos podéis devolverme esta mano que me han cortado, pues, más que nunca sería vuestra»... Y mientras hacía la súplica, sintió que se mitigaban los dolores, que no tardaron en desaparecer. Le sobrevino un sueño apacible, donde se le apareció la Santísima Virgen y le restituyó la mano, encargándole que continuase escribiendo en defensa de la Santa Iglesia. Una simple línea encarnada alrededor de la muñeca le quedó para acreditar el milagro.

74. Casa de oro

En una iglesia de Roma, una viejecita, habiendo escuchado el sermón sobre la Inmaculada Concepción, se va a la sacristía y ofrece al sacerdote cinco mil liras para que diga una Misa por sus intenciones. El sacerdote, maravillado por la limosna, le dice: «¡Oh, quizá habrá recibido usted alguna gracia de la Virgen!» «¡Oh, no; no he recibido nada especial. Este dinero lo he adquirido con mis fatigas y ahorros, y lo ofrezco generosamente al Señor por haber hecho a la Virgen Santísima *tan hermosa.*»

Toda hermosa como una Casa de Oro fini-

simo que la embellece por dentro y por fuera.

75. Antes morir que mancharse

En el año 870, los daneses ocasionaban los más espantosos estragos en Inglaterra. Cuando las religiosas de Coldingham tuvieron la noticia de que se aproximaban a su convento, quedaron aterradas, pero Dios y la Santísima Virgen cuidaron de levantar su valor a la altura del peligro que las amenazaba. Santa Ebba, que era la abadesa, más solícita de conservar su virtud y la de sus compañeras que de defender la vida, reunió a todas las hermanas en una capilla dedicada a la Virgen Santísima, y allí dirigió a la Madre Inmaculada esta conmovedora plegaria: –«¡Oh María! ¡Oh la más pura de las vírgenes! Alargad vuestra mano compasiva a vuestra humilde sierva, e inspiradle el medio de conservar su virtud y la de sus hermanas. Extended sobre nosotras esa mano poderosa que disipa las borrascas y tempestades, y dadnos fortaleza para morir si es necesario, antes de consentir en la pérdida de la virginidad...»

Apenas concluye su plegaria, se oyen los gritos o más bien los aullidos de aquellos tigres furiosos, que vienen vomitando mil blasfemias por sus bocas infernales. La santa abadesa se

levanta en el acto y habla en estos términos: –«Las que amen a Dios y el precioso tesoro de su inocencia, imiten mi ejemplo y nada teman. La muerte es dulce para quien sabe dar la vida por la virtud.» Y, cogiendo un hierro cortante, se desfigura con él horriblemente la cara. Movidas por tan heroico ejemplo las demás religiosas, no vacilan en seguirla, y, así desfiguradas y bañadas en sangre, se presentan a sus infames perseguidores. Ante este espectáculo, los bárbaros retroceden horrorizados y helados de asombro. Pero pronto más furiosos, al ver que se les habían frustrado sus esperanzas, como el león que ve que le arrebatan la presa, pegan fuego al monasterio, y se retiran, dejando en pos de si un montón de cadáveres y ruinas.

En cuanto a las nobles víctimas de la virtud angelical, Dios les recompensó con el céntuplo la hermosura pasajera que le sacrificaron con tanta generosidad; y sus rostros, según la bella expresión de los libros santos, «brillarán un día como otros tantos soles en los esplendores eternos.»

(Reina y Madre)

76. Terrible castigo

Para que mejor se vea esa estimación que Dios hace de la Santísima Virgen y lo mucho que desea que nosotros la estimemos y amemos como El, pondremos a continuación un ejemplo del modo con que castiga a los que la desprecian.

Hay cerca de Gante un santuario de la Santísima Virgen, muy semejante al de Nuestra Señora de Lourdes, a donde acuden los fieles en romería, y donde no pocas veces se realizan notables prodigios. He aquí uno de carácter excepcional.

Dos alumnos impíos y libertinos de un colegio del Estado, pretendieron un día burlarse de lo que ellos llamaban «crédula simplicidad» de los romeros. Metieron en el complot a un simplón no tan malvado como ellos, que debía desempeñar el papel de víctima. Le instruyeron de esta manera: –«Te vendaremos los ojos, te harás el ciego y te conduciremos al manantial. Allí invocarás a la Virgen, te frotarás los ojos con el agua de la fuente y gritarás que estás curado, que has recobrado la vista.»

Urdida ya la trama, los tres calaveras se encaminan al santuario. En un recodo del camino vendan los ojos a su camarada y conducen de la mano al fingido ciego. Numerosos fieles rodean, mostrando simpatía, a este grupo

de jóvenes que les llama la atención. Los dos estudiantes derraman lágrimas de cocodrilo por el infortunio de su amigo. Este se llega a la fuente, se le presenta el agua, se quita el vendaje para frotarse los ojos, pero ya no ve nada... ¡Había quedado realmente ciego! Grita, llora, llama a su madre, y el terror le arranca la confesión de su delito ante la apiñada multitud. El infeliz tuvo que ser colocado en una casa de salud.

(Rosal de María, 14 de julio 1877)

77. Delicadeza de mujer andaluza

Refería un sacerdote a un amigo suyo lo que le acababa de suceder. Había recibido una carta de un matrimonio andaluz, amigo suyo. La mujer, un alma delicada y buena, le ponía unas palabras:

–Un abrazo cariñoso para su madre.

–Ésta –comentaba el sacerdote– me manda el abrazo a mí; pero para que llegue por el camino mejor, me lo envía a través de mi madre; ¡las mujeres andaluzas son así!

Algo nos recuerda esto a aquella delicadeza de la mujer de Palestina: *Dichoso el vientre que te llevó*... (Lc 11, 27-28); una alabanza para el

Hijo... a través de la Madre. Y un piropo a la Madre.

(I. Segarra, «Anécdotas marianas para hacer oración»)

78. María hace oír su canto a cierto monje

Refiere Cesáreo que un monje cisterciense, devotísimo de María, tenía vivísimos deseos de verla una vez y no cesaba de pedirle este favor. Salió cierta noche al jardín del monasterio, y poniéndose a contemplar el estrellado firmamento, exhalaba encendidos suspiros que dirigía a la Reina de sus amores y de sus deseos. De repente ve que hiende los aires una hermosa virgen, cercada de resplandor, que le dice: «¡Tendrías a bien, Tomás, oír mi canto?» «¡Ya lo creo!» –repuso el monje–. Entonces aquella virgen cantó con tan suave melodía, que el devoto religioso se creía trasladado al Cielo. Cesó el canto y desapareció la visión, con lo cual entró el monje en grandes deseos de saber quién se le había aparecido. Pensando estaba en estas cosas, cuando se le aparece otra virgen también de incomparable hermosura, que le hizo oír sus celestiales melodías. Esta vez Tomás no pudo dominar los deseos que le consumían de saber quién era la que así cantaba, y

le preguntó por su nombre: «La que viste hace poco –le respondió la visión–, era Catalina; yo soy Inés, ambas a dos mártires de Jesucristo. Nuestra Señora nos ha enviado para consolarte; da gracias a María y disponte a recibir una gracia mayor». Dijo y desapareció. Con esto el religioso concibió mayores esperanzas de ver al fin a su celestial Reina.

No salieron fallidos sus deseos, porque algunos momentos después sintió que el pecho se le inundaba de puro gozo; vio luego un gran foco de luz, y, entre los resplandores de la luz, divisó, rodeada de ángeles, a la Madre de Dios, de una belleza incomparablemente mayor que la de las otras dos santas, y le dice: «Siervo mío e hijo mío, he agradecido tus homenajes, y he escuchado, benigna, tus ruegos; tenías grandes deseos de verme; aquí me tienes, mírame; y ahora quiero también hacerte oír mi canto». Y la Santísima Virgen se puso a cantar, pero con tanta suavidad y armonía, que el devoto religioso, de puro gozo, perdió el sentido y cayó como desmayado en tierra. Tocaron a Maitines; reuniéronse los religiosos en el coro, y, al no ver a Tomás, corrieron a buscarle en la celda y en otros lugares del monasterio; finalmente, entraron en el jardín y lo hallaron como muerto. El Superior le mandó que declarase todo lo que le había sucedido; volvió en sí el monje a la voz de la obediencia, y refirió en

presencia de todos las mercedes que le había dispensado la Madre de Dios.

(«Las Glorias de María», por San Alfonso M.ª de Ligorio)

79. La confianza en la Virgen no falla

Un obispo escocés fue sorprendido una vez por la noche en un bosque... Después de errar algún tiempo por él, vio una cabaña habitada por una pobre familia que lo acogió con amor. Pero el obispo notó que aquella familia no podía disimular cierta tristeza, y así se lo hizo notar a sus componentes.

–¡Ah, sí! –le explicó la madre– estamos tristes porque en el cuarto de al lado mi padre está gravemente enfermo y él cree que está mejor de lo que está...

–¿Podría verlo? –preguntó el obispo, que, cubierto con una capa, no daba señales de su dignidad episcopal... Y la buena mujer respondió:

–Con mucho gusto... Venga usted conmigo a la habitación próxima...

El pobre anciano tenía aspecto cadavérico, y, en vista de ello, el obispo, después de dirigirle algunas palabras de consuelo, le hizo una discreta alusión a la posibilidad de morir en

que el enfermo se hallaba... Pero el enfermo le atajó:

–No, yo no moriré todavía. Desde mi Primera Comunión, todos los días he pedido a la Virgen la gracia de morir con un sacerdote a mi lado...

El obispo se quitó entonces la capa que le cubría y dejó ver su pectoral sobre el pecho. Luego dijo al paciente:

–Ya ves, la Virgen te ha oído, pues te ha enviado a un obispo que andaba en la noche extraviado por la selva...

–Ahora sí que creo que voy a morir –dijo el enfermo–, y murió como un santo.

80. Ave, María. Ave, Bernarde

No hay sonido más dulce para los oídos de María que la voz de sus hijos al dirigirle la salutación angélica. Esta salutación hace palpitar su corazón de gozo, como en el día de su Anunciación. Así se dignó atestiguarlo cierto día con un célebre milagro a uno de sus más ilustres devotos, el gran San Bernardo, abad de Claraval.

A mediados del siglo XII, en los bosques que separaban a Flandes de Brabante, existía una abadía de religiosos benedictinos que se hizo célebre con el nombre de Abadía de Af-